AÑO I. MADRID, 26 DE MARZO DE 1886. NUM. 3.

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: *España*, 1 peseta; *Ultramar*, 1,25; *Portugal*, 1,50; *Otros países*, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

EL PROGRAMA DE NUESTRO PARTIDO

III

Los burgueses no se contentan con arrebatar á los proletarios una parte del fruto de su trabajo, sino que además los insultan y cal[illegible]n. Por lo visto calculan que cuando lo más—e[illegible] otro de lo suyo—es consentido, lo menos—[illegible] de los despojados—lo será también.

Según los modernos [illegible], si los obreros padecen hambre y miseria lo deben á su abandono y á su falta de espíritu de economía; si son ignorantes, al vicio y á la crápula, y si no toman parte en la cosa pública, es decir, en los asuntos generales del país, porque su incapacidad ó ineptitud los hace impropios para ello: en una palabra, que las desdichas que sufre la clase obrera son debidas á faltas de los mismos proletarios.

Tanta verdad dicen en esto los que viven del trabajo ajeno como cuando afirman que las instituciones económicas burguesas son de orden natural.

La miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política de la clase asalariada, según afirma nuestro Programa, no tiene más origen que la sujeción económica de los obreros á la clase capitalista.

Querer buscar en otra parte la causa y explicación de los males de los desheredados es ir tras un imposible.

La miseria social, el pauperismo, no ha sido ocasionado por los malos hábitos y costumbres de los trabajadores, antes al contrario, unos y otras han encontrado su existencia y se han desarrollado por la escasez de recursos en que los proletarios viven y han vivido.

Si así no fuera, gran número de obreros tendrían una situación desahogada y contarían con un porvenir seguro, cosa que á ninguno ocurre en la actualidad. ¿Cuál ha de ser el estado del obrero que ganando un jornal de 2, 3 ó 4 pesetas tiene que sustentar una familia compuesta de tres ó cuatro individuos? Cuando el término medio del salario de los trabajadores no llega á 10 reales, ¿habrá necesidad de fijarse mucho en el asunto para averiguar dónde está la causa de la horrible miseria que en el seno de la sociedad burguesa se manifiesta? Seguramente que no. Sus víctimas son arrastradas á ella, no por capricho de su voluntad, sino por la forma extraña en que la riqueza se distribuye, yendo á parar la parte principal á la minoría parásita, y una parte cada vez más exigua á la gran mayoría de los productores. En ese sencillo hecho económico se encuentra el engendrador del antagonismo social, y su consecuente derivado: la inmensa miseria de la gran masa sometida al despotismo capitalista.

Y no sólo el obrero no es pobre, no carece de lo más necesario á su sustento por su falta de moralidad y honradez, como aseguran los burgueses, sino que cuanto más honrado sea el proletario, cuantas más y más sean las cualidades morales que posea, su situación económica será más aflictiva y desesperada. Y la demostración es bien sencilla. Si tomamos por ejemplo un obrero que se halle adornado de todas las prendas morales que le hagan estimable y bueno para los demás, nos encontraremos con que ese trabajador, que no puede ser lacayo de un industrial ni sufrir resignado las mil humillaciones que se cometen en el taller, tropezará en primer lugar con la dificultad, y más en el tiempo que corremos, de encontrar sitio donde ocupar sus brazos. Después no le es permitido hacer lo que hacen otros trabajadores de menos fondo moral que él, esto es, tener plaza en dos talleres ó fábricas, pues sabe muy bien que el trabajo suplementario que haga todo obrero en épocas de crisis equivale á impedir que un compañero suyo pueda llevar pan á su familia.

Además, en toda clase de reclamaciones al patrono, en toda cuestión de trabajo está obligado á proceder de un modo correcto, y por tanto á sufrir más que otros las contingencias que nazcan de esos actos. Resulta, pues, de lo que acabamos de apuntar, que el trabajador más honrado, el más moral y concienzudo, no sólo no se libra de la miseria, sino que, al contrario, su caída en ella es más rápida que la de otros obreros inferiores á él en condiciones de carácter y moralidad. ¡A cuántos compañeros nuestros no ha pasado lo que aquí decimos! ¡Cuántos, no obstante su intachable conducta, han rodado precipitadamente al abismo de la desesperación y el hambre! La dicha, las comodidades, el cielo de la sociedad burguesa no se gana por medio de actos honrosos y morales; al revés, todo eso sobra para llegar á él, y sólo la audacia, el cinismo, el fraude, la hipocresía, la ausencia, en fin, de todo sentimiento digno, son los que franquean las puertas de ese edén terrenal.

Y en cuanto á instrucción, ¿cuál puede ser la de los obreros en medio de las privaciones que les impone su reducido salario? Ninguna ó poco menos. Sus cerebros, atrofiados por un trabajo mecánico, embrutecedor, que no requiere el menor ejercicio intelectual, hállanse casi imposibilitados de recibir el menor rayo de luz. ¿Qué sirve que se establezcan escuelas gratuitas y que á ellas se llame al obrero con el objeto de darle el pan del espíritu? Esa es una superchería. Si el exceso de trabajo y las mil privaciones sufridas han apagado toda su energía y vigor, trocándole en un ser casi insensible, no cabe decirle ni una palabra de instrucción, porque no comprend[illegible]ue se le dice; si su inteligencia no se ha apagado t[illegible] por entero, si queda en ella un rayo de luz, el c[illegible]miento de su miseria, el dolor que constantemente le atenacea y la dura jornada de trabajo que le exigen por un mezquino salario, le preocuparán y cansarán de tal modo, que ni su cabeza ni su cuerpo estarán en la disposición necesaria para dedicarse al estudio más sencillo: en condiciones tales, imposible estudiar, imposible adquirir la menor enseñanza. Los obreros que acuden á las escuelas gratuitas no desmienten, antes bien confirman nuestra afirmación: además de ser relativamente un número escasísimo, compónese éste de algunos obreros que, por excepción, tienen una jornada de trabajo reducida, y de otros, menores en cantidad, que cuentan con una naturaleza y una voluntad muy fuertes. Mientras no se aligere la carga del trabajo, la generalidad de los proletarios no se hallarán en situación de cultivar su inteligencia.

Y si intelectual y materialmente el obrero se halla reducido al último extremo á consecuencia de su dependencia económica de la burguesía, políticamente se halla sometido á los representantes de la clase patronal: en primer lugar, la burguesía le ha excluído de toda función política que pudiera darle en apariencia un carácter de interventor en los asuntos del país, y aun en el caso de que las luchas de unas fracciones burguesas con otras exigieran la concesión de algunas libertades políticas, ¿acaso no tienen en su mano, no sólo los privilegios económicos, por medio de los cuales anulan el ejercicio de dichas libertades, sino también el poder político, el Estado, para desde él hacer cuanto se les antoje? Claro que sí; luego hoy, por estar desheredados de dichos derechos no significamos ni somos nada, y mañana, cuando las circunstancias exijan que se nos den, se mutilarán primero explotando nuestra ignorancia, y después, cuando se haya hecho conciencia y se quiera ejercerlos con libertad, poniendo en juego los mil resortes de la fábrica y del taller ó del Estado.

Para librarnos, pues, de la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política, precisa de todo punto destruir la causa que engendra estos males, y que es sencillamente la dominación económica que la clase burguesa ejerce sobre los proletarios. Mas para que este dominio desaparezca y la esclavitud humana termine por completo, es preciso quitar de manos de la burguesía los instrumentos de la producción que hoy monopoliza.

DAR EN EL BLANCO

En medio de la fiebre que consume rápidamente el raquítico organismo de nuestra fraccionada burguesía, los hechos sucesivos y recientes con que el proletariado internacional viene anunciando cuán cercano se halla el día de su emancipación tienen virtud y eficacia suficientes para que, dando momentánea tregua á sus pugilatos de miserias y ambiciones, fije la vista uno y otro día en cuanto al socialismo y los socialistas se refiere.

Imposible es hallar hoy un órgano de la prensa burguesa que no consagre algún espacio á la magna cuestión, á la que á todas eclipsa, á la que se impone con fuerza portentosa y exige con abrumadora urgencia solución satisfactoria: cierto que, convencidos quizá de la impotencia de los específicos burgueses para mal tan profundo, dichos periódicos no se ocupan sino de vomitar injurias contra los que en Londres, Manchester, Decazeville, Lieja, Bruselas, etc., hartos de sufrir los estragos de la miseria, han dado una muestra con sus estremecimientos parciales de lo fácil que será, con una acción simultánea y general, sepultar en el abismo el desvencijado edificio de la explotación; y cuando alguno de ellos con espíritu sereno interroga el porvenir, es para acrecentar el miedo de la atribulada burguesía con proféticas palabras como las en que *El Tribuno*, fijándose en Alemania, «cuna y escuela del socialismo», dice «que el día en que surja allí un hecho ruidoso, la explosión podrá ser *tremenda, tal vez decisiva para la paz europea*», y que «tardaría en comunicarse á los Estados Unidos lo que el cablegrama que tal anunciase á la demagogia *yankee*».

En lo que á España se refiere, la prensa burguesa, desconociendo con su habitual ignorancia la universalidad del problema planteado, pregona uno y otro día que entre nosotros *no hay cuestión social*, y en esta seguridad consoladora parece descansar. Sin embargo, c[illegible] ocasión del aniversario de la *Commune* [illegible] á los periódicos de Madrid y de provincias [illegible] largas columnas al banquete con que solemnizó aquella fecha el Partido Obrero, dejando traslucir, entre trasnochadas chafalditas inspiradas por la humildad de los manjares, cierta inquietud producida por la fe y la energía con que es mantenida la doctrina socialista.

No hemos de contestar á las sandeces con ínfulas de chiste con que los periódicos, *El Imparcial* á la cabeza, han amenizado sus reseñas: acostumbrados algunos periodistas burgueses á convertirse en aduladores histriones de cualquiera que se halle dispuesto á brindarles con mesa espléndida, así sea un afortunado petardista, un negociante estafador ó una *virtuosa* vengadora, claro es que habían de revolverse contra los que osaban celebrar una fiesta sin reservarles su cuchara indispensable. Vamos sólo á hacernos cargo de algo que no debe pasar sin refutarse.

El diario posibilista de Barcelona *La Publicidad*, alarmado justamente por el peligro que entraña para las fracciones políticas burguesas en general, y en particular para las republicanas, la formación de un partido de clase, consagra un artículo al Socialista Obrero Español; artículo lleno de inexactitudes y de ataques personales que revelan gran interés en detener la actual tendencia de los trabajadores.

Partiendo del supuesto de que el Partido Socialista Obrero se ha fundado en el reciente *meeting* celebrado por éste en Barcelona, el diario castelarista consigna y lamenta el hecho de que la aparición del socialismo coincida con la subida al Poder de un Gobierno liberal. Con decir que el Partido Socialista se fundó legalmente durante la dominación canovista, y que en ese período ha realizado más actos públicos que en tiempo de los llamados liberales, queda deshecho tal cargo. Sin referirnos á las reuniones celebradas con asistencia de autoridades conservadoras, ¿no recuerda *La Publicidad* la parte que nuestro Partido tomó en la información obrera, así escrita como oral? ¿Ignora que á la sazón era el Sr. Cánovas presidente del Consejo de Ministros? Vea, pues, cuán falsa es su argumentación y cuán impertinentes las reticencias que estampa.

Indígnase dicho periódico de que, lo mismo en el mencionado *meeting* que en la fiesta de aniversario de la *Commune*, nuestro amigo Iglesias haya «vomitado insultos é injurias contra los jefes de la democracia, desde Castelar á Pi». Es falso, absolutamente falso, tal aserto: lo que hizo fué demostrar que el sistema republicano de Castelar, lo mismo que el de Pi, son impotentes para resolver el sistema económico, y que, por lo tanto, teniendo solución para éste el Partido Obrero, á él deben venir todos los trabajadores, abandonando las filas republicanas; y al ocuparse de la conducta política de los jefes de la democracia lo hizo con dureza, sí, con toda la dureza propia de sus convicciones, pero dentro de los límites del respeto personal, y sin llegar siquiera al terreno de difamación en que luchan los mismos republicanos entre sí. Ahora, si es que *La Publicidad* entiende por insulto el que un simple obrero se atreva á remover los frágiles pedestales en que se asientan los santones republicanos, dígalo con franqueza.

Quizá *La Publicidad*, tomando como ciertas las afirmaciones de sus colegas de Madrid, haya creído exacto lo que *El Correo* y otros atribuyeron á dicho compañero acerca de que llamó *estafadores* á los republicanos. Claro está que esa palabra, arrancada de una frase con manifiesta mala fe, constituye un insulto grave; pero como quiera que afirmó que los republicanos eran unos *estafadores de la igualdad*, y esto, en concepto de los socialistas, es rigurosamente cierto, no hay en ello ni la más leve injuria.

Insiste *La Publicidad*, como todos los republicanos, en que su partido ha hecho grandes sacrificios por el trabajador y en que parte de nuestro Programa es mantenido también por el mismo. Sobre esto ya dijimos lo necesario en el número anterior, contestando á un diario federal, y creemos ocioso repetirlo. Lo único que en el terreno de las reformas sociales hicieron los republicanos fué una imperfectísima ley acerca del trabajo de los niños, que ni en el poder ni en la oposición se han cuidado de que se cumpla.

Termina el diario posibilista haciendo una calurosa excitación á los trabajadores para que no abandonen sus filas para venir á las del socialismo, diciendo que la parte esencial de nuestro Programa, esto es, la transformación de la propiedad, es irrealizable y absurda, y que las reformas políticas y económicas se hallan consignadas en la bandera republicana. Pierde lastimosamente el tiempo el diario barcelonés: los trabajadores saben ya á qué atenerse sobre lo que pueden esperar de un sistema de gobierno que mantiene íntegro, absolutamente íntegro, el actual organismo económico, basado en la satisfacción de los explotadores y en la servidumbre y la mi-

sería de los asalariados, y no se hallan dispuestos á ser instrumentos de su propia desventura; y en cuanto á las reformas políticas y económicas, que aprecian en lo que valen, creen más acertado arrancarlas por su propia fuerza que esperarlas en vano de dádiva ajena.

Como resulta de lo precedente, la propaganda de nuestro Partido ha dado en el blanco, es decir, en las entrañas de la burguesía; pero si todavía se dudara de la razón de ser de un partido de clase, ahí está el diario ministerial *El Correo* para persuadirnos de ello, diciendo, á propósito de lo dicho en nuestro banquete, «que se nota cierta lógica en los anatemas de los obreros, porque los partidos carecen de autoridad y de savia, movidos por elementos materialistas y movedizos, y que más que partidos son compañías de seguros ó bandas organizadas para asaltar el poder y repartirse el botín.»

Entre las muchas impertinencias escritas con motivo del banquete socialista, debemos reconocer que las anteriores palabras del órgano de la pastelería española (como llama á *El Correo* cierto diario republicano) son ingenuas y exactas; y como sus lamentos no han de servir para la enmienda, de aquí que las ideas socialistas tengan más adeptos cada día.

Quizá extrañe á algunos que terminemos este artículo sin contestar los ataques personales de mala ley dirigidos por parte de la Prensa á un querido amigo nuestro, mas como quiera que no nos han sorprendido, y ellos son una prueba más de que sabemos *dar en el blanco*, lejos de irritarnos los consideramos como alta distinción, y procuraremos seguir dando motivos para los desahogos rábico-biliosos de ciertos periodistas.

Puede, pues, seguir ladrando el gozquecillo corresponsal de *El Correo de Valencia*: el obrero á quien pretende morder con sus falsedades injuriosas se encuentra por su honradez á tal altura en el concepto de cuantos le conocen, que si le causaran molestia pudiera aplastarle con el disparo de un simple salivazo.

LA PATRIA

Nunca se ha hablado tanto de patriotismo como desde que no hay patria.

En Roma, Esparta, Atenas y todas las ciudades antiguas, la patria no existía más que para aquellos cuyos intereses dependían de su conservación. La patria era cosa de los propietarios territoriales, de los padres, *patres* en latín, de donde viene la palabra *patria*. En efecto, la distribución de las tierras se hacía en cabeza de los padres de familia, ellos eran los que, reunidos en Asambleas, formaban los Consejos de la ciudad; los esclavos y los artesanos, que no poseían tierras, que no tenían *patrimonio*, tampoco tenían patria.

En los primeros siglos de las repúblicas de la antigüedad, el deber de defender la patria sólo incumbía á los propietarios, á los que tenían interés en mantener la integridad de la patria: el derecho de usar armas y de ser guerrero no pertenecía á los artesanos y menos á los esclavos, y no se les armaba ni se les encargaba de defender la ciudad sino en los casos de más extremo peligro, después de muchas derrotas, y entonces los esclavos quedaban libres y se les daban tierras, así como á los artesanos. En el pensamiento de los antiguos, la idea de patria iba íntimamente unida á la idea de posesión del suelo: no se podía ser patriota si no se era propietario. La palabra patria tenía entonces un sentido real y perfectamente definido: el caballero romano ó el eupatrida ateniense que se batía por su patria, sabía que luchando defendía sus posesiones, sus cosechas, sus rebaños, amenazados por el enemigo; el guerrero de entonces no era un soldado, es decir, un hombre á sueldo, un mercenario á quien se paga para que se bata por intereses que no son los suyos. Los soldados han sido los primeros proletarios.

En tanto que la agricultura fué la principal industria del hombre, la idea de propiedad del suelo representaba la idea de patria, pues de la propiedad territorial cultivada por su familia y esclavos sacaba el hombre libre sus medios de existencia. El hombre no podía tener otro interés que proteger sus bienes (terrenos, cosechas y ganados), y los defendía al defender el territorio patrio de las incursiones de los pueblos vecinos. Por eso en todas las sociedades que han precedido á la sociedad burguesa, el derecho de poseer el suelo era un privilegio que no se concedía jamás á los extranjeros.

Pero cuando la industria se hubo desarrollado, la nación se dividió en dos grupos: la clase agrícola y la clase industrial. Y entonces la idea de patria pasó también por una evolución. El antagonismo comenzó entre las ciudades, en las que la clase industrial se aglomeró, y los campos. Hubo dos patrias en la misma patria: la de los industriales, representada por la burguesía comerciante y manufacturera, y la de los propietarios rústicos, representada por la aristocracia. En ciertos países, Holanda por ejemplo, los burgueses más patriotas, como los de Witt, empleaban mercenarios extranjeros contra sus enemigos nacionales. En Francia muchas veces sucedió lo mismo, y se puede decir que en todas partes.

Pero con el continuado desenvolvimiento de la industria y del comercio capitalista, la idea de patria sufrió todavía otra revolución. En la antigua Francia se consideraba que el suelo era una propiedad nacional que solamente á los nacionales debía pertenecer; lo mismo sucedía con la industria, pues la salida de sus productos estaba prohibida y aun se castigaba con la muerte al individuo que revelaba á los extranjeros secretos industriales; se creía que la industria debía permanecer nacional y que todos sus productos debían ser consumidos por nacionales.

Hoy este estado de cosas ha sufrido una transformación completa. Los extranjeros del mundo entero, sea cualquiera su nacionalidad, están llamados á compartir el suelo de la patria. Los más ricos viñedos de Andalucía, de Burdeos ó de la Champagne, pertenecen actualmente á ingleses ó á prusianos que se beben los mejores vinos de España y Francia, mientras los franceses y españoles que trabajan las viñas se contentan con beber el *peleón* ó agua fresca.

Los capitalistas pretenden servir á su patria rivalizando entre sí en la exportación de los productos nacionales; despojan á sus compatriotas obreros, los reducen á la mayor miseria y les quitan la posibilidad de consumir los productos de su nación, que son enviados al Africa ó á la China. ¡Y á la luna los mandarían si pudieran!

Los banqueros exportan los capitales de su país y van al Extranjero á mejorar la industria, cuando no á equilibrar el presupuesto de la guerra con el dinero de sus compatriotas, sin ocuparse de si esas industrias nuevas arruinarán las de su propia nación.

Antiguamente los intereses de los industriales y de los comerciantes se hallaban contenidos en las fronteras de su patria; entonces aquéllos defendían su patria cuando servían á sus propios intereses. Hoy los intereses de los capitalistas están diseminados por toda la superficie del globo: son cosmopolitas. Un periódico de París, *La Lanterne*, por vengar una derrota electoral de su director, denunciaba últimamente al filántropo Ruel, propietario de un inmenso bazar, por los productos alemanes que vendía á sus parroquianos; pero el diario burgués hacía notar que no atacaba á Ruel sino porque era concejal, pues de otra suerte hubiera debido atacar á un gran número de comerciantes franceses que se encuentran en el mismo caso que Ruel.—En la Cámara de Diputados, M. Dreyfus denunciaba á sir W. Blunt, uno de los directores del ferrocarril del Norte de Francia y del Crédito Territorial de Prusia, como perteneciente á una familia cosmopolita, que posee minas en Inglaterra y fundiciones en Alemania, y que se sirve de su posición en el ferrocarril del Norte francés para establecer tarifas excepcionales que favorecen sus hierros alemanes y sus carbones ingleses. Dreyfus se olvidó de denunciar, y es lástima, á Rotschild y otros millares de capitalistas, que forman una liga de ladrones cosmopolitas para explotar á los proletarios, sin distinción de raza ni de nacionalidad.

La patria no es hoy más que una palabra vacía de sentido. La gran masa de las naciones civilizadas es explotada por una cuadrilla de capitalistas cosmopolitas, á los cuales se les ha entregado la tierra, el comercio, la industria y la hacienda nacional. Estos capitalistas no tienen mas que una patria: la explotación de los asalariados de todos los países.

Los asalariados, despojados del suelo y de los instrumentos de trabajo de su patria (fábricas, minas, ferrocarriles, bancos, buques, etc.), no tienen más que una patria: la Revolución social, que los libertará de la explotación cosmopolita de los capitalistas, y esta patria no está contenida en las fronteras de una nación, sino que abraza todos los hijos del trabajo universal.

(De *Le Socialiste*, de París, órgano del Partido Obrero Francés.)

BANQUETE SOCIALISTA

CONMEMORACIÓN POR EL PARTIDO OBRERO, EN MADRID, DEL DÉCIMOQUINTO ANIVERSARIO DE LA «COMMUNE».

Como en años anteriores, pero esta vez con carácter público y solemne, nuestro Partido ha celebrado la inolvidable jornada del 18 de marzo.

Iniciada esta modestísima fiesta por el Comité local, reuniéronse cincuenta y cinco individuos el jueves de la semana anterior. Más que una demostración innecesaria de fuerzas, el acto tenía por objeto, aparte del motivo principal que lo determinaba, manifestar nuevamente nuestras doctrinas sin sorpresa para nadie, cumpliendo los requisitos legales y desechando ratoniles cobardías, impropias del valor con que deben ser defendidas nuestras aspiraciones.

Buen número de periódicos burgueses, con su reconocida mala fe, y cada uno en proporción del encono con que atacan al socialismo y á los socialistas—encono que en último término agradecemos—han dado cuenta del acto que vamos á reseñar tergiversando la verdad de lo manifestado por nuestros amigos. Si así no hubiera sido, nuestro trabajo limitárase á dar cuenta sucinta del banquete; pero atendiendo á que el enemigo, encubierto ó descarado, se halla siempre atento para explotar el más pequeño desliz y sacar torcidas consecuencias á nuestras manifestaciones orales, reproduciremos en extracto algunas de las más importantes disertaciones; decimos importantes por lo que significan en labios de zafios obreros que no van buscando ni siquiera una plaza de vigilantes de consumos: defienden sus opiniones como pueden y saben, despreciando las críticas majaderas del periodismo asalariado.

Con presencia de la autoridad gubernativa, de la que no tememos ni las arbitrariedades *xiqueniano-burguesas*, y después de terminada la frugal comida, dieron comienzo los discursos alusivos á aquel gran acontecimiento festejado hoy por los obreros dedicados á cualquiera de las manifestaciones de la humana actividad.

Empezó el compañero Secretario del Comité, Juan Gómez Crespo, que por práctica legal debía presidir la reunión. He aquí sus palabras:

«Correligionarios: Si el 18 de Marzo es para todos los socialistas día memorable, porque en él dió muestras de entereza el proletariado parisiense en su lucha con la clase capitalista, lo es mucho más para los que militamos en las filas del Partido Obrero, porque aquellos trabajadores se hicieron dueños del poder político, á lo cual también nosotros aspiramos, para desde él realizar por medio de actos esencialmente revolucionarios, la emancipación del cuarto estado.

»Cuando los partidos socialistas, organizados en todas partes, se congregan para conmemorar el primer poder político de la clase obrera, no podíamos permanecer indiferentes los individuos del Comité local del Partido en Madrid. A este efecto, á más de invitaros á este modesto banquete para que expresarais vuestro pensamiento acerca de aquel acto memorable, ha dirigido á nuestros correligionarios de la Aglomeración parisiense del Partido Obrero Francés la comunicación que voy á tener el gusto de leeros.»

Nuestro compañero Gómez Crespo leyó la comunicación publicada en el número anterior, y que no reproducimos por acortar las dimensiones de esta reseña.

Terminada la lectura hizo uso de la palabra nuestro amigo Manuel Diego Abascal, expresándose del siguiente modo:

«Compañeros: Antes de comunicaros parte de mis impresiones y juicios con respecto al solemnísimo motivo que nos ha reunido aquí, no puedo menos de protestar contra el lujo de precauciones que la autoridad toma siempre que tiene noticia de que se reunen obreros, siquiera sea con un fin muy moral, como lo es siempre, y aun cuando estén perfectamente cumplidas las previas formalidades que exigen las leyes de la burguesía. Y protesto con toda la energía de mi ánimo, no por lo que me importe la influencia moderadora que en nosotros pueda ejercer ese principio de autoridad, sino por el concepto preconcebido que se revela en contra de la clase que aquí representamos, clase que, si inferior en conocimientos llamados científicos, no lo es, ni lo ha sido nunca, en respetos sociales y mucho menos en moralidad.

»Ya lo véis: los obreros se reunen, se consideran y se guardan toda clase de respetos, y como el motivo de sus reuniones es en todos casos moral en sus principios y en sus fines, jamás resulta sino unidad de miras en lo fundamental, en contraposición á lo que sucede en la mayoría de las reuniones de la otra clase social, en las que, con tan galantes como falsos atavíos de fraternidad, y á excitación del Champagne, brotan enconadas pasiones, hijas del reparto de intereses materiales.

»Consignado esto, he de deciros que, no obstante la inferioridad que hasta en el número aparentamos hoy, la diferenciación de clase está ya completamente determinada, y como ella, está también determinado el momento de la desaparición de esa falsa ciencia legislativa, encaminada sólo al sostenimiento de privilegios sociales. He dicho que aparentamos inferioridad, aunque realmente somos superiores en todo. En moralidad nos garantizan los reducidísimos medios que la urdimbre burguesa deja, y todavía muy condicionalmente, á nuestra disposición. En inteligencia tenemos la primitiva, educada por una vida esencialmente práctica, y nunca encenagada por esa ciencia convencional puesta al servicio del comercio de seres humanos. Ciertamente, no debemos envidiar la posesión de esa balumba de papelotes que constituyen la llamada ciencia del Derecho; papelotes que yo individualmente acato *á fortiori* y desprecio en el fondo. Las ciencias exactas, en todas sus aplicaciones á la mecánica y á las verdaderas necesidades de la vida, nos pertenecen, porque han sido desarrolladas y practicadas por obreros.

»Tenemos, pues, por base la moralidad en nuestras aspiraciones, somos la gran mayoría de la sociedad, tenemos derecho á reintegrarnos de la verdadera ciencia, poseemos la fuerza, no nos falta sino la clave de todos estos factores y en ese momento habrá muerto la burguesía como clase en el mundo entero.

»Permitidme os diga algo respecto á un punto de nuestra conducta para la lucha.

»Como principio de clase debe tenerse tacto de codos hasta el punto de defender sistemáticamente al compañero frente al industrial ó ley social que lo explote. Y sólo particularmente, y á espaldas de nuestros verdaderos enemigos, tenemos el deber de indicar á cada uno los yerros que creamos comete en sus procedimientos, á fin de evitar sonrojos y resultados que pudieran perjudicarnos en nuestra marcha.

»Dicho esto, compañeros, réstame brindar por la completa universalización de nuestro ideal, por todos los mártires de esta causa, y muy especialmente por aquellos héroes anónimos que han muerto sin que la Historia tenga para ellos ni una sola línea.»

El compañero Pauly, usando del particular humorismo con que adorna sus peroraciones, imposible de trasladar al lenguaje escrito, por la pérdida de color que sufriría, hizo una breve historia del movimiento del 18 de marzo, y terminó diciendo:

«El mundo está revuelto: la batalla no sé dónde será. Aunque parezca que somos pocos y no disponemos todavía de la fuerza material que nos es necesaria, tengo la gran seguridad de que antes de tres años venceremos.»

Aunque la profecía de nuestro amigo resulte algún tanto exagerada, debe tenerse en cuenta que al hacerla tomaba por fundamento de su afirmación el desarrollo de las ideas socialistas y la gran agitación que los partidarios de éstas están produciendo en todas partes. Además, quién sabe si al cumplirse el centenario (1789-1889) de la transformación de los privilegios reales y nobles en privilegios burgueses, los proletarios descendientes de aquel buen pueblo que ayudó á la burguesía á que se apoderase del poder político—garantía de los monopolios de clase en todas las épocas precedentes—continuarán la obra de sus antepasados, haciendo desaparecer la explotación en todas sus formas.

En forma poética brindó el compañero Jesús Cortés, y aunque el mérito de su improvisada producción sea escaso, con ella reveló una profunda fe en la redención de los modernos esclavos, los asalariados.

Con la modestia propia de su carácter y el natural temor de quien no tiene costumbre de hablar en público,

nuestro correligionario Alvaro Ortiz declaró que militaba hacía poco tiempo bajo la bandera del Partido Socialista, al cual ha venido, pasando por la indiferencia que le produjeron los desengaños de la República, desde el campo republicano; pero que su adhesión á las ideas revolucionarias, aunque reciente, era en absoluto resuelta y decidida. En el Programa de nuestro Partido dice haber encontrado un horizonte más vasto y el verdadero camino por donde deben marchar todos los explotados que anhelan la emancipación político-económica de su clase. Terminó brindando á la memoria de los mártires de la *Commune* y por la unión de los trabajadores de todos los países.

A seguida el ciudadano Lapeyre hizo la apología de la *Commune* y brindó por los obreros españoles que se acordaban de sus conciudadanos y por el porvenir de la república universal.

Nuestro correligionario Valentín Diego Abascal dirigió á los reunidos las siguientes palabras:

«Compañeros: La fecha que hoy celebramos aquí, y que por todas partes conmemoran los obreros revolucionarios, despierta en mí tal entusiasmo que sólo puede compararse con la pena que después me produce el recordar las innumerables víctimas ametralladas en la semana del 20 de mayo por los asesinos directores de la burguesía [illegible].

»Mucho han tratado de desfigurar aquella gigantesca lucha los escritores pagados por la burguesía, á fin de que no se conociese lo que fueron las valientes figuras de Varlin, Ferré y otros obreros manuales que formaron la minoría de la *Commune*; pero los que, como nosotros, saben de qu[illegible] anera se escribe la Historia, no deben admirarse, pu[illegible] que harto conocemos de lo que son capaces los eternos mistificadores de los hechos ocurridos siempre que los trabajadores han defendido sus derechos en una ú[illegible]ma.

»Bien seguro que si nosotros dispusiéramos de los medios [illegible]arios para la propagación de nuestras ideas ya habr[illegible] ahogadas tanta y tanta calumnia como se nos [illegible] Pero si hasta hoy hemos carecido de esos rec[illegible]onfiad en que muy pronto, mucho más de lo que [illegible] nuestros explotadores, habremos realizado tamaña empresa, pues á ello convergen todos los síntomas de unión que entre nuestra clase se dejan sentir en todos los países.

»Tened entendido que los que nos acusan de ser pocos los afiliados al Partido Socialista Obrero, desconocen por completo la rapidez con que nuestras ideas toman asiento en los cerebros obreros.

»De mí sé deciros que sólo bastó llegar á saber que cuando los almacenes rebosaban de productos industriales y agrícolas era cuando más hambre sentíamos los obreros, es decir, que cuando estábamos descalzos sobraban zapatos, y cuando las sastrerías se hallaban atestadas de ropas íbamos desnudos; sólo me bastó ver la realidad de este fenómeno económico para abrazar la bandera socialista revolucionaria que tremolaba la Internacional, de que hoy es portador el Partido Socialista Obrero.

»Hay todavía quien niega que la *Commune* de París no tenía ideas cosmopolitas y revolucionarias y que todo fué un movimiento republicano patriótico. No creer á los que tal sostienen: el derribo de la columna de Vendome está para demostrar lo contrario; la supresión del trabajo de noche y otras reformas de esta índole indican también que en aquel primer poder político de la clase trabajadora existían, aunque fuera en minoría, hombres revolucionarios, que más tarde fueron vilmente acuchillados por los criminales defensores de la explotación del hombre por el hombre.

»Así, pues, antes de terminar, os he de recomendar la más estrecha unión, y que en la medida de vuestras fuerzas no dejéis n[illegible]omento de cooperar á la difusión de los principios que [illegible]ende nuestro Partido, partido de clase, que aspira á lo que aspiraba aquella minoría de la *Commune*: á la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores que perciban el producto de su trabajo; que después de la unión y de la propaganda no sólo nos contaremos por millares, sino por millones, los afiliados bajo la bandera que simboliza el programa de nuestras aspiraciones.

»Compañeros: Brindo por el pronto y completo triunfo de los [illegible]ros mineros de Decazeville, hoy en huelga.

»¡[illegible] do por la Revolución social!»

El compañero Iglesias dió térm[illegible] los discursos diciendo:

«Compañeros y amigos: A pesar [illegible] los pesares, es decir, á pesar de [illegible] iedades de los Gobiernos, el Partido Socialista Obrero Español ha conmemorado siempre la fecha del 18 de marzo de 1871. Primero fuimos [illegible], después 20, más tarde 30, y hoy, no obstante el agudo malestar que nos aqueja, la falta de trabajo que sentimos, hemos doblado el número. Muchos [illegible] asistirían si no se vieran en la absoluta impo[illegible] poner de la corta cantidad que cada [illegible] satisfecho.

»Nosotros, compañ[illegible], no cele[illegible] brero ni fechas parec[illegible] á esa, por[illegible] ningún hecho de nuestra clase, porq[illegible] burgués, y todo [illegible] burgués, aun[illegible] blicano tem[illegible], federal ó intran[illegible] á nuestra ca[illegible], á nuestros intereses. L[illegible] acontecimientos que nosotros celebramos son [illegible] la clase trabajadora ó e[illegible] principal factor. Son [illegible] memorables [illegible] nosotros la del año 31 en Lyon, donde los trabajadores, azotados por terrible crisis y acosados por espantosa miseria pedían con las armas en la mano *vivir trabajando ó morir combatiendo*; la de junio del 48 en París, en que nuestros camaradas, engañados por la burguesía francesa y faltos de medios de vida, tomaron por divisa el grito de *pan ó plomo*, batiéndose heroicamente por espacio de tres días y matando más generales del ejército francés que perecieron en la guerra franco-prusiana; la del 18 de marzo de 1871, en que se proclamó la *Commune*. Pero conste que del movimiento de marzo del 71, provocado por el infame Thiers, por ese hombre tan pequeño física y moralmente como gigante en maldad é hipocresía, no celebramos lo que tuvo de burgués, sino su médula, lo que le dió carácter, su sentido socialista. Lo que nosotros conmemoramos hoy no es la idea comunal ó federalista, sino lo que pedía el Comité Central, la universalización de la propiedad, la tierra para el agricultor, el instrumento de trabajo para el obrero; lo que celebramos aquí nosotros, que no somos patriotas, es el derribo de la columna de Vendome, que significa la unión y solidaridad de todos los pueblos; la reducción de todos los sueldos al tipo máximo de 24.000 rs.; la supresión del trabajo de noche y la confiscación de los talleres abandonados por los que los detentaban: eso es lo que nosotros celebramos de la *Commune*.

»Demasiado sabemos que la mayoría de los trabajadores que pelearon por ella no tenían una idea completa que poner en práctica para librarse de su esclavitud; que no sabían, como nosotros sabemos ya, que estando la sociedad compuesta de dos bandos, uno burgués y otro proletario, el poder político de que se apoderaron debía servirles para expropiar y barrer la clase patronal; pero si no comprendían esto, su deseo, su ansia era libertarse del yugo de los explotadores: por eso tomaron las armas; por eso se alzaron; por eso los trabajadores parisienses derramaron su sangre y dieron su vida. Y como sus vidas y su sangre son vidas y sangre nuestra, como nos pertenecen, de ahí que nosotros consideremos la proclamación de la *Commune* como un hecho glorioso para nuestra clase.

»Pero se equivocarían grandemente los que entendieran que ser partidario de la autonomía de la *commune* era ser socialista en el sentido que nosotros damos á esta palabra: nada de eso. Mirad el Ayuntamiento de París, compuesto, en su mayoría, de defensores de aquel principio, de republicanos radicales, extraordinariamente radicales, y sin embargo, no resuelven nada de carácter socialista. ¿Sabéis lo que ha hecho ese Ayuntamiento, formado de elementos, al parecer, avanzados? Pues rechazar todas las proposiciones, beneficiosas para la clase obrera, que han presentado los concejales socialistas que hay en dicho Municipio. Si los mineros de Decazeville han votado la cantidad de [illegible] para los hijos y mujeres de los mineros huelguistas, es porque, vista la agitación que hoy reina á causa de la huelga existente en aquel punto, si se negaran á votar la cantidad pedida por los concejales del Partido Obrero, podrían exponerse á perder su puesto en el Ayuntamiento en las primeras elecciones que tengan lugar. Es decir, que han votado aquella cantidad bajo la presión del miedo, que es lo que obliga á los burgueses á atender las reclamaciones obreras. Y lo mismo que hacen los radicales del municipio de París y los que capitanea en la Cámara francesa M. Clemenceau, harán los de España, llámense como se llamen. ¿No defienden la propiedad individual de los medios de producción, como la defienden los demás partidos burgueses? Sí. Pues desde el momento que tal hacen son tan enemigos nuestros como los conservadores más recalcitrantes. Para nosotros la cuestión es clara: á un lado los que sostienen la propiedad individual; al otro los que, como los que aquí estamos, quieren transformar los instrumentos de trabajo en propiedad social ó común. Los que formen en el segundo grupo serán los que con razón puedan decir que aprecian la *Commune* de París del mismo modo que la aprecian los socialistas.

»Uno de nuestros compañeros ha dicho que la historia contemporánea no consagra ninguna de sus páginas á la memoria de los héroes sin nombre que pelearon y murieron por la *Commune*; es cierto; pero si esto les falta, cuentan en cambio con el recuerdo y la admiración de millares de proletarios, que consideran como compromiso sagrado dar cima á la obra por ellos comenzada. ¿Qué nos importa que la historia oficial, la historia burguesa, no se ocupe de ellos, y sí eleve y ponga en las nubes al sanguinario Thiers? Otra historia habrá que rendirá el tributo debido á aquellos valientes, y estigmatizará y condenará como se merece la memoria del que fué su verdugo.

»Compañeros: Si cuando éramos menos conmemorábamos con inmensa satisfacción la fecha inolvidable del 18 de marzo de 1871, hoy, que el número de socialistas en España es considerable, y que para ser una fuerza poderosa no necesitan más que organizarse, debemos conmemorarla con más entusiasmo y alegría.

»¡Gloria, pues, compañeros, á los que en aquella jornada trazaron el sendero de la emancipación obrera! ¡Honor altísimo á los que pelearon y murieron por la gran causa del proletariado! ¡Odio y maldición á sus explotadores y verdugos!

»Otro recuerdo, compañeros. Ahora hace tres años que bajó á la tumba un hombre de extraordinario mérito para nuestra causa: llamóse en vida Carlos Marx y fué el fundador del socialismo científico, el demoledor de las teorías burguesas, el que demostró que el capital era trabajo no pagado, es decir, fruto del robo; el que estampó al frente del credo socialista esta importante verdad: «la emancipación de los trabajadores debe de ser obra de »los trabajadores mismos». Que la memoria de tan insigne maestro nos sirva de estímulo para trabajar por las ideas que él predicó y que son las únicas que pueden conducir á la clase desheredada al término de su martirio.»

El presidente dió por terminado el banquete con un ¡viva la emancipación de los trabajadores! que fué repetido con entusiasmo por todos los concurrentes.

Quizá sea ocioso decir que durante el acto hubo la más estrecha fraternidad entre nuestros amigos, unida á la más expansiva alegría, y que las ideas expresadas por los que hicieron uso de la palabra fueron saludadas con entusiásticos aplausos.

***

La importancia del acto que hemos reseñado no queremos nosotros abultarla: nos basta con hacer constar que la burguesía y sus órganos más caracterizados le han dado una significación trascendental.

Los partidos burgueses, y principalmente los republicanos, lanzan un grito de alarma previendo que las masas obreras que inconscientemente han venido ayudándoles en el juego de su política, se deserten para ir á engrosar las filas del partido defensor de los intereses del trabajo.

Una afirmación tenemos que hacer para terminar. Si por las malas condiciones económicas en que se hallan los asalariados de nuestro Partido, la fiesta no ha sido esta vez tan numerosa como deseáramos, ocasiones vendrán en que se vea claramente cómo ha tomado el socialismo carta de naturaleza en Madrid, con una importancia superior á la que muchos creen.

UNA CARTA DE ENGELS

El amigo y colaborador de Karl Marx, nuestro correligionario y amigo Federico Engels, ha dirigido á la Aglomeración parisiense del Partido Obrero Francés, con motivo del aniversario del 18 de marzo del 71, la admirable página siguiente:

«Esta noche, al mismo tiempo que vosotros y con vosotros, los obreros de ambos mundos celebran el aniversario de la más gloriosa y trágica etapa de la evolución proletaria. Por primera vez desde que tiene historia, la clase obrera en 1871 se apoderaba, en una de las más grandes capitales del universo, del poder político. Desgraciadamente, esta conquista no fué más que un sueño. Cogida entre los mercenarios del eximperio francés, por un lado, y los prusianos por otro, la *Commune* fué pronto aniquilada en una matanza sin igual, cuyo recuerdo vivirá eternamente en nuestra memoria. Victoriosa la reacción, no conoció límites: todos creyeron el socialismo ahogado en sangre y el proletariado reducido á la esclavitud para siempre.

»Quince años han transcurrido desde aquella memorable derrota. Durante este tiempo, en todos los países, el Poder, al servicio de los detentadores del capital y de la tierra, no ha perdonado medio para acabar con las últimas veleidades de sublevación obrera. ¿Y qué ha conseguido?

»Mirad en torno vuestro. El socialismo obrero revolucionario, más vigoroso que nunca, es hoy una potencia ante la cual tiemblan los gobernantes de todas las naciones, los radicales franceses lo mismo que Bismarck, los reyes bolsistas de la América del Norte, como el czar de todas las Rusias.

»Y hay más.

»Hemos llegado á un punto en que todos nuestros adversarios, hagan lo que quieran, á pesar de ellos, trabajan en nuestro favor.

»Creían haber matado la Internacional, y á la hora presente la unión internacional de los proletarios, la fraternidad entre obreros revolucionarios de diversos países es mil veces más fuerte, más general, que lo había sido antes de la *Commune*. La Internacional no necesita ya una organización propiamente dicha: vive y crece por la cooperación espontánea y ardiente de los trabajadores de Europa y de América.

»En Alemania, Bismarck ha agotado todos los medios, hasta los más infames, para impedir el movimiento obrero. Resultado: antes de la *Commune* tenía enfrente de él cuatro diputados socialistas; sus persecuciones han hecho que hoy día sean 25. Y los proletarios alemanes se ríen del gran canciller, que no podría hacer mejor propaganda revolucionaria si para ello estuviese pagado.

»En Francia os han impuesto el escrutinio de lista, sistema electoral burgués por excelencia, inventado expresamente para asegurar la elección exclusiva de los abogados, periodistas y otros aventureros políticos, defensores asalariados del capital. ¿Y qué ha hecho en pro de la burguesía ese sistema electoral de los ricos? Ha venido á crear en el seno del Parlamento francés un partido obrero socialista revolucionario, cuya sola aparición en la escena parlamentaria ha bastado para introducir la confusión y el espanto en las filas de todos los partidos burgueses.

»Tal es la situación. Todos los acontecimientos redundan en nuestro beneficio. Las medidas mejor calculadas para contener los progresos del proletariado sirven únicamente para acelerar su marcha victoriosa. Hasta el enemigo que nos combate se ve condenado á combatir por nosotros. Y esta doble acción ha sido tan rápida, tan eficaz, que hoy 18 de marzo de 1886, desde los mineros proletarios de la California y del Aveyrón, hasta los mineros presidiarios de la Siberia, el mismo grito se exhala de millares de pechos obreros:

¡Viva la *Commune!* ¡Viva la unión internacional de los trabajadores.»

Nada tenemos que añadir á esta revista de las fuerzas revolucionarias pasada por un veterano del socialismo como Engels.

Lo que sí haremos observar á los que nos presentaban el Partido Socialista Alemán como atascado en el lodazal del parlamentarismo burgués, que se equivocaban en esto como en otras muchas cosas, y que uno de los más antiguos y valerosos soldados de aquel Partido viene á darles un público y solemne mentís.

LA COMMUNE

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA (1)

(*Continuación.*)

Cuando el rey Bomba dejó sentir su mano á la población de Palermo, en enero de 1848, Thiers se levantó de nuevo en la Cámara, y dijo así: «—Ya sabéis, señores, lo sucedido en Palermo. Vosotros, todos vosotros, os habéis estremecido de horror (en sentido parlamentario) al saber que esa gran ciudad había sido bombardeada por

(1) Documento publicado á raíz de la caída de la *Commune* por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

espacio de cuarenta y ocho horas. ¿Y por quién? ¿Por un ejército extranjero y enemigo, en uso de las leyes de la guerra? No, señores, no; sino por su propio Gobierno. ¿Y por qué? Porque aquella desventurada ciudad reclamaba sus derechos. Por haber reclamado sus derechos ha sido bombardeada durante cuarenta y ocho horas... Permitidme apelar á la opinión de Europa. Levantarse á pronunciar en la gran tribuna de Europa algunas palabras de indignación contra estos actos (palabras textuales) es, sin duda alguna, prestar un servicio al género humano... Cuando el regente Espartero, que había prestado servicios á su país (cosa que M. Thiers nunca hizo) se propuso bombardear á Barcelona para acabar con la insurrección de aquella ciudad, se levantó en todas partes un grito general de indignación.»

Dieciocho meses después de este discurso, M. Thiers fué el más acérrimo defensor del bombardeo de Roma por el ejército francés. Por lo visto, la falta del rey Bomba había sólo consistido en no prolongar el bombardeo más que cuarenta y ocho horas.

Pocos días antes de la revolución de febrero (1848), resentido por el largo destierro á que Guizot le había condenado, y percibiendo ya en la atmósfera las señales precursoras de una próxima revolución, Thiers, con ese estilo pseudoheroico que le ha valido el adecuado nombre de *Mirabeau-mosca*, decía en la Cámara de los diputados:

«—Yo soy partidario de la revolución, no sólo en Francia, sino en toda Europa. Deseo ver el Gobierno de la revolución en manos de los moderados .. pero si cayera en las de los exaltados, en las de los radicales, yo no abandonaré por esto mi causa: estaré siempre con la revolución.»

Vino la revolución de febrero. El Ministerio Guizot fué reemplazado por el Ministerio Thiers, como este hombrecillo había deseado, y Luis Felipe fué sustituido por la República.

En los primeros días de la victoria del pueblo, Thiers se ocultó cuidadosamente, olvidando que el desprecio que inspiraba á los trabajadores le ponía á cubierto de sus iras, y continuó alejado de la escena pública hasta los asesinatos de junio, que le abrieron de nuevo un campo propicio para ejercer su influencia. Entonces se constituyó en jefe del *partido del orden* y de su república parlamentaria, interregno sin nombre durante el cual las fracciones rivales de la burguesía conspiraban juntas para vencer al pueblo, á la vez que intrigaban unas contra otras con el propósito de entronizar el monarca que cada una de ellas prefería.

En aquel tiempo, lo mismo que ahora, Thiers denunciaba á los republicanos como el único obstáculo que se oponía á la consolidación de la República; en aquel tiempo, lo mismo que ahora, decía á la República lo que el verdugo dijo á D. Carlos:

—«Te mataré, pero será para bien tuyo.» Ahora, lo mismo que entonces, exclama después de su triunfo: *L'Empire est fait*—el Imperio es un hecho.—A pesar de sus hipócritas homilías sobre la necesidad de libertades y su odio personal á Luis Bonaparte, que lo había hecho víctima, desterrando el parlamentarismo, fuera de cuya atmósfera ficticia este hombrecillo tiene la conciencia de su completa nulidad, tomó una gran parte en todas las infamias del segundo Imperio, desde la ocupación de Roma por las tropas francesas hasta la guerra con Prusia, á la cual incitó con su furiosa invectiva contra la unidad germánica, considerándola, no bajo el punto de vista del despotismo de la Prusia, sino como una usurpación del derecho de Francia á mantener la desunión de Alemania.

Aficionado á azotar la faz de Europa con la espada de Napoleón I, cuya historia escribió, su política extranjera ha sido siempre una serie de humillaciones para Francia, desde el convenio de Londres de 1841 hasta la capitulación de París de 1871 y la última guerra intestina, en la cual pudo lanzar sobre París los prisioneros de Sedán y Metz, gracias á un favor especial de Bismarck. A pesar de su versatilidad de talento y sutileza de intenciones, este hombre no ha podido salir nunca de la rutina. Es evidente que para él pasan completamente desapercibidos los movimientos que se operan en las capas bajas de la sociedad; pero cuando estos movimientos aparecen en la superficie, toda la vitalidad huye de su cerebro para pasar á su lengua. Por eso nunca se ha cansado de denunciar como un sacrilegio cualquiera modificación que se haya intentado introducir en el viejo y asqueroso sistema proteccionista francés. Siendo ministro de Luis Felipe, se burlaba de los ferrocarriles como de una quimera imposible de realizar; estando en la oposición, bajo el reinado de Luis Bonaparte, atacaba como si fuera una profanación cualquier reforma que quisiera hacerse en la viciosa organización del ejército francés. En su larga carrera política nunca se ha hecho culpable de haber tomado ni propuesto ninguna medida cuya aplicación fuera realizable. Thiers sólo ha sido constante en su ambición de riquezas y en su odio á los que las producen.

Habiendo entrado á ser ministro de Luis Felipe más pobre que Job, salió del Ministerio hecho un millonario. La última vez que fué ministro de aquel rey (1.° de marzo de 1840), su insaciable codicia le hizo blanco de las sátiras de la Cámara de Diputados, y él por toda respuesta se contentó con derramar algunas lágrimas, operación en que rivaliza con Julio Favre ó cualquier otro cocodrilo.

La primera medida que Thiers tomó en Burdeos para salvar á Francia de la inminente ruina financiera que la amenazaba, fué la de señalarse un sueldo anual de tres millones de francos, primera y última palabra de la *república económica* que propuso en 1869 á sus electores parisienses.

Beslay, antiguo compañero de Thiers en la Cámara de Diputados de 1830, rico capitalista, á pesar de ser uno de los más entusiastas adictos á la *Commune* de París, le decía en un manifiesto que publicó últimamente: «La piedra fundamental de vuestra política ha sido siempre la esclavitud del trabajo por medio del dinero, y desde el momento en que habéis visto la república del trabajo instalada en el Hôtel de Ville, no habéis cesado de gritar á la Francia: ¡Esos son criminales!»

Thiers no es otra cosa que un maestro en engaños, un sabio en perfidias y traiciones; práctico en toda suerte de estratagemas, sus consejos son siempre peligrosos; cuando se halla al frente del Estado, nada le importa, ó mejor dicho, no tiene escrúpulo alguno en provocar una revolución, con el solo objeto de sofocarla después á fuerza de sangre; en él, el mal ocupa el lugar de las ideas, la vanidad el lugar del corazón; su vida privada es tan infame y relajada como odiosa es su vida pública; ahora mismo, en estos momentos en que está desempeñando el papel de Sila, su ridícula vanidad le impide ocultar lo abominable de sus actos.

La capitulación de París, entregando á Prusia, no sólo la capital, sino la Francia entera, puso término á la serie de bajas intrigas, á los infames manejos de traición con el enemigo, que los usurpadores del 4 de septiembre, según dijo el mismo Trochú, habían empezado el día mismo de su usurpación.

Por otra parte, habían sembrado también los gérmenes de la guerra civil contra París y la República, guerra que ahora iban á emprender auxiliados por la Prusia. El lazo se tendió en los términos mismos de la capitulación. Entonces la tercera parte del territorio se encontraba en poder del enemigo, la capital estaba del todo aislada de las provincias y las vías de comunicación se hallaban completamente interceptadas. Dado este estado de cosas, era de todo punto imposible elegir una Representación nacional, á menos que se diera á los electores tiempo suficiente para organizarse y concertarse. Teniendo en cuenta estas mismas dificultades, se estipuló en el Convenio que la Asamblea Nacional debía elegirse en el término de ocho días; de modo que en muchos puntos de Francia la noticia de las próximas elecciones llegó la víspera misma del día en que debían verificarse.

Además, según una cláusula expresa del Convenio, aquella Asamblea no tenía otra misión que la de decidir sobre la paz ó la guerra y, cuando más, la de firmar un tratado de paz. El pueblo no podía creer sino que los términos en que estaba concebido el armisticio hacían imposible la continuación de la guerra. y creyó también que, para firmar la paz que Bismarck les imponía, los hombres peores serían los mejores.

Pero Thiers, no contento con haber tomado estas precauciones, antes de que en París se tuviera noticia del armisticio hizo un viaje á las provincias para prepararlas á las elecciones y animar al partido legitimista, que, unido con el orleanista, debía reemplazar al partido bonapartista, que en aquel entonces era completamente imposible. No les temía en ningún concepto. Ninguno de estos dos partidos podía en manera alguna aspirar al Gobierno de la Francia moderna, y siendo, por otra parte, despreciables como rivales, ¿qué partidos podían haberse encontrado más á propósito que éstos para servir de instrumento á la contrarevolución, que, según palabras del mismo Thiers (Cámara de Diputados, 5 de enero de 1833), «se habían valido de uno de estos tres recursos: de la invasión extranjera, de la guerra civil ó de la anarquía?» Ellos creían verdaderamente haber retrocedido mil años. En aquel momento había en Francia: por un lado, una invasión extranjera, un Imperio caído y un Bonaparte prisionero; por otro, ellos solos. La rueda de la historia había retrocedido para pararse en la *Chambre Introuvable* de 1816. En las Asambleas de la república (desde 1848 hasta 1851) habían estado representados por campeones educados y guiados por ellos; componían las filas del partido en que ahora han entrado forzosamente todos los *pourceaugnacs* de Francia.

Apenas esta Asamblea de *rurales* se reunió en Burdeos, Thiers manifestó que la única condición con que Prusia les permitiría hacer la guerra á la República y á París, que era su foco, era la de aprobar cuanto antes los preliminares de la paz, aun cuando para ello fuera preciso abstenerse de discutirlos. Y en efecto, la contrarevolución no tenía tiempo que perder.

El segundo Imperio había más que duplicado la deuda nacional y había agobiado á todas las grandes ciudades con enormes deudas municipales. La guerra había hecho desaparecer toda clase de responsabilidad, saqueando escandalosamente los recursos de la nación. Para completar esta ruina, el Shylock prusiano se reservaba el derecho de dejar medio millón de soldados en el territorio francés, hasta que se le pagase la indemnización de 5.000 millones de francos y el 5 por 100 de interés. ¿Quién tenía que pagar esta indemnización? Para que los defensores de la riqueza quisieran echar sobre sí los gastos de esta guerra que ellos mismos habían originado, no había otro remedio que destruir violentamente la República.

Así es como la inmensa ruina de la Francia se precipitaba á pasos agigantados, gracias á estos patrióticos representantes del capital y de la propiedad, y á la connivencia y protección del ejército invasor, á aumentar los estragos de una guerra extranjera con los horrores de una guerra civil.

Un gran obstáculo se oponía á la realización de este complot: este obstáculo era París. El primer paso que debía darse era el de desarmar la capital. Thiers invitó al pueblo á entregar las armas. Las frenéticas demostraciones antirepublicanas de la Asamblea rural y la conducta de Thiers; la amenaza de decapitar y descapitalizar á París; el nombramiento de embajadores orleanistas; las leyes de Dufaure sobre pagarés vencidos y alquileres, leyes que causaban la ruina del comercio y la industria de París; el impuesto de 2 céntimos, Pouyer Quertier, por cada ejemplar de cualquier publicación; la sentencia de muerte contra Blanqui y Flourens; la supresión de los periódicos republicanos; la traslación de la Asamblea Nacional á Versalles; la restauración del estado de sitio declarado por Palikao; el nombramiento del *decembrista* Vinoy como gobernador de París; el de Valentín, antiguo gendarme imperialista, como prefecto de policía, y el del general jesuita D'Aurelles de Palladine como general en jefe de la Guardia Nacional, acabaron por exasperar al pueblo de París.

Y ahora debemos dirigir una pregunta á Thiers y á los hombres de la Defensa Nacional.

Es de todos sabido que Thiers, por medio de su ministro de Hacienda, Pouyer Quertier, había contratado un empréstito de 2.000 millones de francos, que debían pagarse dentro de un breve plazo.

Ahora bien: ¿es ó no verdad:

1.° Que el empréstito se manejó de tal modo que habiéndose facilitado una suma considerable de millones para la paz, esta suma sirvió sólo para el servicio privado de Thiers, Favre, Ernesto Picard, Pouyer Quertier y Julio Simón; y

2.° Que no se pagaría ningún dinero hasta después de la pacificación de París?

De cualquier modo que sea, es preciso que haya sucedido algo de apremiante para que Thiers y Julio Favre, en nombre de la mayoría de la Asamblea de Burdeos, solicitasen humillante y descaradamente la inmediata ocupación de París por las tropas prusianas, medida que no había entrado en los planes de Bismarck, según lo manifestó pública y desdeñosamente en Francfort al regresar á Alemania.

MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA.

Málaga.—Nuestros correligionarios de esta localidad nos envían la siguiente carta, que insertamos con viva satisfacción:

«Compañeros del Consejo de Redacción de EL SOCIALISTA:

»Reunidos en fraternal banquete los individuos del Partido Socialista Obrero de esta localidad, para conmemorar el décimoquinto aniversario de la *Commune* de París, os enviamos los más sinceros afectos de nuestro amor á la causa de la redención del proletariado, esperando hagáis constar nuestros plácemes á los diputados socialistas que en la Cámara francesa han defendido, como saben defender los trabajadores, á nuestros compañeros de Decazeville, como igualmente á los concejales socialistas del Municipio de París, á cuya iniciativa se debe que éste haya votado 10.000 francos para los hijos y mujeres de los huelguistas mineros.

»La lucha de clases no desaparecerá hasta que la propiedad de los instrumentos de trabajo pierda su carácter individual y se transforme en propiedad de todos, en propiedad social: entonces y sólo entonces quedará reducido el combate que hasta aquí han sostenido unas clases contra otras á una simple lucha con la Naturaleza para arrancarle sus preciados tesoros.

»Y en vano es que se opongan á que lleguemos hasta aquí la fuerza y la astucia de nuestros explotadores. Por más que hagan los privilegiados, aunque empleen el terror, nada conseguirán: en Francia como en Alemania, en Polonia como en Italia, en Rusia como en Inglaterra y España, en Europa como en América, las ideas regeneradoras adquieren de día en día millares de prosélitos, hasta el punto de que el triunfo del socialismo se presenta [illegible] inmediato.

»Terminamos estas líneas, compañeros, consagrando [illegible] á los que perecieron en París por defender la [illegible] trabajo, y lanzando los siguientes gritos:

»¡Viva [illegible]! ¡Viva el Partido Socialista! ¡Unión y fr[illegible]

»Por acuerdo [illegible] VALENZUELA, secretario.

»Málaga, 1[illegible]

Córdoba.—También [illegible] correligionarios de esta capital de Andalucía han conmemorado el gloriosísimo hecho que los trabajadores de París llevaron á cabo el 18 de marzo de 1871.

Manresa.—En esta población las doctrinas del Partido Obrero van abriéndose paso entre los hijos del trabajo, los cuales, ante los desengaños que han sufrido de todos los partidos burgueses, reconocen que no es en ellos donde deben militar.

Los socialistas de este centro industrial trabajan con actividad y ardor por robustecer en él las filas de nuestro Partido, constituído allí desde hace algún tiempo.

FRANCIA.

Multitud de agrupaciones obreras, lo mismo políticas que de resistencia, se declaran solidarias de los actos realizados por los mineros de Decazeville y aplauden la actitud de los diputados socialistas franceses, tanto por su separación del partido republicano radical como por su valiente conducta en la Cámara francesa al defender á los mineros huelguistas de aquel punto. Estos no dejan de recibir socorros ni un solo día. *El Intransigente* ha reunido ya, para dicho objeto, más de 4.000 pesetas, y *El Grito del Pueblo*, periódico socialista, más de 16.000.

BÉLGICA.

La agitación socialista en Bélgica es extraordinaria. La falta de trabajo, la conmemoración de la *Commune* y las huelgas surgidas en los distritos mineros han dado lugar á imponentes manifestaciones. La intervención en ellas de la fuerza armada ha hecho que lleguen á las manos manifestantes y soldados. El ministro de la Guerra ha salido para Lieja, donde los socialistas cuentan con numerosos adeptos. Esto no asusta á los obreros, que han generalizado la huelga á considerable número de poblaciones. El Gobierno belga está sumamente preocupado, pues en dicho país, que no cuenta más de cinco millones de habitantes, los obreros mineros pasan de 100.000.

R. VELASCO, impresor, Rubio, 20, Madrid.